

¿No han conocido ustedes ese vivero? Era como un jardín olvidado del otro siglo, un jardín lindo como una dulce sonrisa de anciana. Cercos apretados separaban las avenidas estrechas y regulares, tranquilas sendas entre dos muros de follaje, tallados cuidadosamente, las grandes tijeras del jardinero alineaban constantemente aquellos tabiques de ramaje; y de vez en vez se encontraban parterres, cuadros y macizos de flores, grupos de arbolillos dispuestos como colegiales de paseo, magníficas rosaledas o regimientos de frutales.

Un rincón de aquel maravilloso bosquecillo estaba habitado por las abejas. Sus casas de paja, sabiamente espaciadas sobre tablas, abrían al sol sus puertas del tamaño de un dedal; y por todo el camino se encontraban los dorados insectos zumbadores, verdaderos dueños de aquel lugar pacífico, paseantes absolutos de aquellas tranquilas sendas.

Yo iba casi todas las mañanas. Allí me sentaba en un banco, y leía. A veces dejaba caer el libro sobre mis rodillas, para pensar, para oír vivir París en mi derredor y gozar del reposo infinito de aquel jardincillo al antiguo estilo.

Pero pronto me di cuenta que yo no era el único que frecuentaba aquel lugar, y a veces me encontraba frente a frente, al revolver un macizo, con un extraño viejecillo.

Llevaba zapatos con hebilla de plata, un redingote color tabaco, un encaje a guisa de corbata y un inverosímil sombrero gris de grandes alas y largos pelos, que hacía pensar en el diluvio. Era delgado el viejecillo, muy delgado, anguloso, lleno de mohines y sonriente. Sus vivaces ojos palpitaban, se agitaban bajo un continuo movimiento de los párpados, y llevaba siempre en la mano un soberbio bastón con puño de oro que debía ser para él algún recuerdo magnífico.

Este hombre me causó extrañeza, al principio, y luego me interesó extraordinariamente. Lo observaba a través de las paredes de hojas, lo seguía de lejos, deteniéndome al doblar los boscajes para no ser visto.

Pues bien, una mañana, creyendo que nadie le veía, el viejecillo se puso a hacer unos singulares movimientos: primero, unos saltitos, luego una reverencia; luego, con su pierna delgada, hizo una cabriola bastante ágil, y comenzó a girar elegantemente, dando saltos leves, balanceándose de un modo extraño, sonriendo como ante un público, agradeciendo, dando vueltas, dirigiendo al vacío ligeros saludos ridículos y enternecedores. ¡Estaba bailando!

Me quedé petrificado de extrañeza, preguntándome cuál de los dos era el loco: si él o yo.

Pero él se detuvo de pronto, se adelantó, como hacen los actores en escena, se inclinó, retrocediendo con sonrisas graciosas y besos de comediante que echaba con su mano temblorosa a las dos filas de recortados arbolillos.

Y continuó seriamente su paseo.

A partir de este día, no lo perdí de vista; y cada mañana recomenzaba su ejercicio inexplicable.

Sentía yo una ganas locas de hablarle. Me arriesgué y habiéndole saludado, le dije:

- Hace un día hermosísimo, señor.

Él se inclinó:

- Sí, señor, hace un tiempo como el de antaño.

Ocho días después, éramos amigos, y conocí su historia. Había sido maestro de danza en la Ópera, en tiempos del rey Luis XV. Su hermoso bastón era un regalo del conde de Clermont. Y cuando se le hablaba de baile, no cesaba de hablar. Así, un día me dijo:

- Yo me casé con la Castris, señor. Se la presentaré si usted quiere, pero ella no viene acá tan temprano. Este jardín que usted ve es nuestro placer y nuestra vida. Es todo lo que nos queda de antaño. Nos parece que no podríamos subsistir si no lo tuviéramos. Esto es antiguo y distinguido. ¿Verdad? Aquí creo respirar un aire que no ha cambiado desde mi juventud. Mi mujer y yo pasamos aquí todas las tardes, pero yo vengo también por las mañanas, pues me levanto temprano.

Apenas almorcé, volví al Luxemburgo y pronto vi a mi amigo que daba el brazo ceremoniosamente a una viejecita vestida de negro, a la que fui presentado. Era la Castris, la gran bailarina amada de los príncipes, amada del rey, amada de todo aquel siglo galante que parece haber dejado en el mundo un olor de amor.

Nos sentamos en un banco. Era por mayo. Un perfume de flores revoloteaban en los limpios senderos; un grato sol se deslizaba entre las hojas y diseminaba sobre nosotros anchas gotas de luz. El vestido negro de la Castris parecía empapado de claridad.

El jardín estaba vacío. A lo lejos, se oía el rodar de los fiacres.

- Explíqueme usted -dije al viejo bailarín- lo que era el minué

Tembló.

- El minué, señor, es el rey de los bailes, y el baile de los reyes, ¿Comprende usted? desde que no hay reyes no hay minué.

Y comenzó, con estilo pomposo, un largo elogio del que no entendí nada. Quise hacerme describir los pasos, todos los movimientos, las posturas. El se embarullaba, desesperándose con su impotencia, nervioso y desolado.

De pronto, volviéndose hacia su antigua compañera, siempre silenciosa, le dijo:

- Elisa, ¿quieres, serás tan buena que... que mostremos a este señor lo que era el minué?

Ella miró inquieta hacia todas partes; luego, sin decir palabra, se levantó y fue a colocarse frente a él.

Y entonces vi algo inolvidable.

Ambos iban y venían con movimientos infantiles, se sonreían, se balanceaban, se inclinaban, daban saltitos como dos viejas muñecas a las que hiciera danzar un antiguo mecanismo, un poco estropeado, construido antaño por algún experto obrero, a la manera de su tiempo.

Y yo los miraba, con el corazón lleno de sensaciones extraordinarias y el alma conmovida por una indecible melancolía. Me parecía ver una aparición lamentable y cómica, la sombra pasada de moda de un siglo. Tenía a la vez ganas de reír y de llorar.

De pronto se detuvieron; habían terminado las figuras de la danza. Por unos cuantos segundos permanecieron de pie, uno frente a otro, haciendo mohines sorprendentes; luego se besaron sollozando.

Tres días después partí para mi provincia. No los volví a ver. Cuando regresé a París, dos años más tarde, habían destruido el vivero. ¿Qué se han hecho sin el querido jardín de otrora, con sus laberintos, su olor del pasado y las revueltas graciosas de sus bojotes? ¿Han muerto? ¿Andan errantes por las calles modernas, como desterrados sin esperanza? ¿O están danzando como grotescos espectros, un minué fantástico entre los cipreses de algún cementerio, a lo largo de los senderos bordeados de tumbas al claro de luna?

Su recuerdo me persigue, me obsesiona, me tortura, permanece en mí como una herida.  
¿Por qué? No lo sé.

¿Encuentran ustedes que todo esto es ridículo, no es verdad?

En la edad madura se aprecian algunas cosas que pasan inadvertidas para los jóvenes porque les parecen simples o ridículas. Al mismo Juan Bridelle cuando joven, los bailarines les parecieron locos en un principio, después cuando conoció su historia, su fama e importancia pasada los admiró de otra manera, pero con un sentimiento ambivalente de alegría y de tristeza, no sabía si reír o llorar, porque al mismo tiempo veía de manera cómica y lamentable "La sombra pasada de moda de un siglo". En esa época se tardaba un siglo para 'pasar de moda', en la actualidad con la informatización de la sociedad el concepto de moda vigente es muy efímero, cada año cambia y en ocasiones en menos tiempo. Por otra parte la música es una expresión que en algunas épocas representaba la expresión de un grupo, clase social o generación -vals, tango, rock, rap, lambada, la quebradita, entre otros-. Algunos escandalizan con su aparición o están adscritos a una clase social específica, pero al pasar el tiempo evolucionan, se suavizan y son adoptados por más grupos sociales y en ejemplos extraordinarios -Elvis Presley, Los Beatles- son admirados en numerosos países del mundo, al pasar el tiempo la generación que los disfrutó en su juventud los evoca, y al hacerlo, tal vez provoque una actitud de asombro en las generaciones actuales.

Talcott-Parsons, en sus estudios sociológicos menciona a las sociedades matrices, éstas son aquéllas que han legado a la humanidad modelos a seguir en la creación del arte, la religión, la política, entre otros intereses humanos. Como ejemplos están el pueblo hebreo, que es el origen del judaísmo y Grecia, que es la cuna de la cultura occidental. En el siglo XX una sociedad que puede considerarse como matriz es la norteamericana, la de Estados Unidos de Norteamérica, a la que sus ciudadanos denominan como América, el pueblo más poderoso de la tierra actualmente, a cinco años de terminar el milenio.

A continuación se presentan textos que muestran la diversidad de aspectos que abarca la sociedad estadounidense y sus ciudadanos, el primero de ellos es "**Campamento indio**" de Ernest Hemingway (1898-1962).

## Campamento indio

Ernest Hemingway

A la orilla del lago había otro bote arrimado. Los dos indios esperaban.

Nick y su padre montaron en la popa del bote y los indios lo impulsaron y uno de ellos trepó para remar. El tío George se acomodó en la popa del otro bote de remos, el del campamento. El indio joven impulsó el bote del campamento y subió para conducir al tío George.

Los dos botes partieron en la oscuridad. Nick oyó las abrazaderas del otro bote muy adelante de ellos, en la niebla. Los indios remaban con golpes rápidos y cortantes. Nick estaba reclinado hacia atrás, con el brazo de su padre rodeándolo. Hacía frío en el agua. El indio que los conducía trabajaba muy duro, pero el otro bote, en la niebla, se alejaba cada vez más.

-¿Adónde vamos, papá? -preguntó Nick.

-Al campamento indio. Hay una señora india que está muy enferma.

-Oh -dijo Nick.

Al lado opuesto de la bahía encontraron al otro bote varado. En la oscuridad, el tío George fumaba un puro. El indio joven internó el bote en la arena. El tío George dio puros a los indios.

Se alejaban de la playa a través de una pradera empapada por el rocío, tras el indio joven, que llevaba una linterna. Entraron entonces en el bosque y siguieron una senda que conducía al camino para el transporte de trozas, el cual se perdía en las colinas. Era más fácil en el camino, pues habían cortado los árboles en ambos lados. El indio joven se detuvo, apagó la linterna y todos continuaron por el camino.

Doblaron en una curva y un perro salió ladrando. Adelante estaban las luces de la cabaña donde vivían los descortezadores indios. Más perros corrieron hacia ellos. Los dos indios los mandaron de regreso a las cabañas. En la más cercana al camino había una luz en la ventana. En el umbral, estaba una anciana, que sostenía una lámpara.

Dentro, en un camastro de madera, yacía una india joven. Llevaba dos días intentando tener su niño. Todas las ancianas del campamento la habían estado ayudando. Los hombres se habían alejado camino arriba, para sentarse en la oscuridad y fumar donde no los alcanzara el ruido hecho por ella.

Gritó justo cuando Nick y los dos indios siguieron al padre y al tío George dentro de la cabaña. Yacía en el camastro inferior, enorme bajo la colcha. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado. En el camastro superior estaba el marido. Tres días antes, se había cortado malamente el pie con un hacha. Fumaba pipa. El cuarto olía muy mal.

El padre de Nick ordenó que pusieran agua en la estufa, y mientras se calentaba le habló a Nick.

- Esta señora va a tener un bebé, Nick -dijo.

- Ya lo sé -contestó Nick.

-No lo sabes -dijo el padre-. Escúchame. Lo que le sucede se llama dar a luz. El bebé desea nacer y ella desea que nazca. Todos sus músculos tratan de que el bebé nazca. Eso es lo que sucede cuando grita.

-Entiendo -Nick dijo.

Justo en ese momento la mujer se quejó.

-Oh, papá ¿no puedes darle algo para que deje de gritar? -preguntó Nick.

- No, no tengo ningún anestésico -dijo su padre-. Pero sus gritos no importan. No los escucho porque no tienen importancia.

En el camastro superior, el esposo se volvió hacia la pared.

En la cocina, la mujer indicó al doctor que el agua estaba caliente. El padre de Nick fue a la cocina y vertió la mitad del agua a la gran olla en una palangana. En el agua restante de la olla puso varios objetos que desenvolvió de un pañuelo.

-Deben hervir -dijo, y comenzó a restregarse las manos en la palangana de agua caliente, con un jabón que había traído del campamento. Nick observó cómo las manos de su padre se restregaban con el jabón. Mientras se lavaba las manos con mucho cuidado y minuciosidad, el padre habló.

-Sabes, Nick, se supone que los bebés nacen de cabeza, pero a veces no sucede así. Cuando no sucede, causan muchos problemas a todos. Tal vez tenga que operar a esta señora. Lo sabremos dentro de poco.

Cuando quedó satisfecho con sus manos, entró y se puso a trabajar.

-¿Quieres apartar esa colcha, George? -dijo-. Prefiero no tocarla.

Más tarde, cuando comenzó a operar, el tío George y tres indios mantuvieron inmóvil a la mujer. Mordió al tío George en un brazo y el tío George exclamó: "¡India desgraciada!", y el indio joven que había traído al tío George se rio de él. Nick sostenía la palangana para su padre. Todo aquello tomó un largo tiempo.

Su padre levantó al bebé, le dio una nalgada para que respirara y se lo pasó a la anciana.

-¿Viste que es un varoncito, Nick? -preguntó-. ¿Qué te parecería ser un interno? Nick dijo: "Bien". Apartaba la mirada, para no ver lo que su padre estaba haciendo.

-Bueno, ya lo tenemos -dijo su padre-, y puso algo en la palangana.

Nick no lo miró.

-Y ahora -dijo su padre- nos quedan por dar una puntadas. Puedes verlo o no, Nick, como quieras. Voy a coser la incisión que hice.

Nick observó. Hacía mucho tiempo que había perdido la curiosidad.

Su padre terminó y se puso de pie. El tío George y los tres indios se irguieron. Nick llevó la palangana a la cocina.

El tío George se miró el brazo. El indio joven sonrió al recordar.

-Te pondré agua oxigenada, George -dijo el doctor.

Se inclinó sobre la india. Estaba tranquila ya y con los ojos cerrados. Se la veía muy pálida. No sabía que había ocurrido con el bebé o con los demás.

-Volveré mañana -dijo el doctor, irguiéndose-. Al mediodía deberá haber llegado de San Ignacio la enfermera, y traerá lo que necesitamos.

Se sentía exaltado y locuaz, como los jugadores de fútbol americano en el vestidor, tras el juego.

-Éste es un caso para una revista médica, George -dijo-. Una cesárea hecha con navaja, y la costura con sedal de tripa encerado, de nueve pies.

El tío George se inclinaba contra el muro, mirándose el brazo.

-Oh, nadie duda que eres un gran hombre -dijo.

-Voy a echarle un vistazo al orgulloso padre. Por lo común, son los que más sufren con estos incidentes -dijo el doctor-. He de reconocerle que se lo tomó con mucha tranquilidad.

Apartó la manta de la cabeza del indio. Retiró la mano humedecida. Se apoyó en el filo del camastro inferior, con la lámpara en la mano, y miró. El indio yacía con la cara hacia la pared. Tenía la garganta cortada de una oreja a la otra. La sangre había fluido, formando un charco donde el cuerpo hundía el camastro. La cabeza descansaba en el brazo izquierdo. La navaja abierta estaba, con el filo hacia arriba, en las mantas.

-Saca a Nick de la cabaña, George -dijo el doctor.

No había necesidad, Nick, a la puerta de la cocina, tuvo una buena visión del camastro superior cuando su padre, la lámpara en la mano, echó hacia atrás la cabeza del indio.

Justo comenzaba a aparecer la luz diurna cuando por el camino se dirigieron de regreso al lago.

- Siento mucho haberte traído, Nickie -dijo su padre, perdido todo su regocijo postoperatorio-. Fue un lío terrible por el que pasaste.

- ¿Tienen las señoras siempre tanto problema para tener bebés? -preguntó Nick.

-No. Fue un caso muy, muy excepcional.

-¿Por qué se mató, papá?

- No lo sé, Nick. No pudo soportarlo, supongo.

-¿Se matan muchos hombres, papá?

- No muchos, Nick.

-¿Y muchas mujeres?

-Casi nunca.

-¿Nunca lo hacen?

-Oh, sí, a veces lo hacen.

-Papá.

-¿Sí?

-¿A dónde fue el tío George?

-Ya aparecerá.

-¿Es difícil morir, papá?

-No, creo que es bastante fácil, Nick. Todo depende.

Estaban en el bote, Nick en la popa y su padre remando. El sol comenzaba a salir por las colinas. Una lobina saltó, haciendo un círculo en el agua. Nick deslizaba la mano por el agua. Se la sentía tibia en el frío penetrante de la mañana.

A principios de la mañana, en el lago, sentado en la popa del bote y con su padre remando, se sintió plenamente seguro de que jamás moriría.

El cuento de Hemingway refleja las condiciones de vida y el desenvolvimiento de las personas en una sociedad primitiva. Las actitudes de los personajes ante la difícil situación, los instrumentos con que se realiza la operación y la reacción del esposo, remiten a un nivel de cultura que no corresponde a la sociedad más desarrollada de Estados Unidos, sino más bien a una de sus sociedades más primitivas, que a la fecha seguramente ha desaparecido al confinar a los pieles rojas en reservas que cuentan con escuelas y atención médica del primer mundo.

Estados Unidos, o América como sus ciudadanos le llaman, es un país conformado por emigrantes de muchos países, el texto del poeta italiano Rocco Scotellaro, poeta italiano de la postguerra (1946) expresa algunas ideas.

Era una bella América lejana  
la de mi padre que tenía veinte años.  
Mi padre pudo destrozar su corazón:  
América por aquí. América por allá,  
¿dónde está la América  
de mi padre?

El amigo ha muerto de un balazo en esta tierra  
le pusieron cera en el rostro  
un rostro completamente de cera.  
Han regresado con su casa y su viña  
por un lecho de grama  
desde tan lejos.

Ahora ¿dónde está nuestra América?  
La abuela creía en el otro mundo,  
pero nosotros los hijos hemos leído  
el rostro de cera de nuestros padres.  
No hay América para nosotros  
El viento ha venido.

Los caballitos de madera están desmontados.  
ha muerto nuestro vecino  
que había ido hacia aquella tierra  
América por aquí. América por allá.  
¿dónde está la América  
de mi padre?

#### Texto original

*C'era l' America, bella lontana  
del padre mio che aveva vent'anni,  
Il padre mio pote sperzarsi il cuore.  
America qua, America là.  
doe' è più l' America  
del padre mio?  
L' amico mori sparato a quella terra,  
gli misero la cera in faccia.*

República italiana (1946)

América es un nombre que despierta ilusiones, deseos de éxito y de bienestar que se antojan adquiridos en el momento en el que se llegue al país de la libertad y de las oportunidades, pero no todos los emigrantes logran triunfar.